

bría en ellas que causara mayor admiración.

ALFARO.

Lo más admirable deja de serlo, si cada día se repite, y así es que en todo la frecuencia quita ó disminuye la maravilla; por lo que con razón se dijo "de lo que uno se admira, otro se burla".

ZUAZO.

Comenzando por describírtelo, te diré que es un árbol que desde la raíz arroja á todos lados muchas hojas grandes, gruesas y puntiagudas, cercadas de espinas durísimas: crece luego recto hasta la altura de una lanza, á modo de columna ó de pino sin ramas. Es más grueso en la punta, y cuando llega á la madurez, echa unas flores pajizas. Si se corta, vuelve á brotar; si se deja, se seca al cabo de un año; pero sembrando una hoja, renace un nuevo árbol.

ALFARO.

Como el Fénix de sus propias cenizas. Pero dime ahora para qué aprovecha.

ZAMORA.

De las hojas verdes, machacadas y deshebradas en el agua sobre unas piedras, se hace una especie de cáñamo, y de él hilo con el cual se tejen telas que suplen por las de lino, y se tuercen también cuerdas gruesas y delgadas. La espina tan dura como si

fuera de hierro, en que remata cada hoja, hace oficio de aguja. Las hojas hacen veces de tejas para techar casas; las más inmediatas á la tierra son blancas y tiernas, y los indios las aderezan de tal modo, que resultan gratisimas para el paladar. Estando secas, son leña que da un fuego manso y sin humo; dicese que las cenizas son excelentes para varios usos. Arrancando el tallo del centro se coloca en los techos en vez de vigas: en el hueco que deja, cercado de hojas, se deposita un licor de que primero se hace miel, luego vino y por último vinagre. De la miel cocida se hace azúcar; y en fin otras muchas cosas que por ser tantas no pueden retenerse en la memoria, y que ni Plinio, ni Aristóteles, pensaron ni menos escribieron, con haber sido tan diligentes escudriñadores de la naturaleza.

ALFARO.

En verdad que son cosas extrañas é inauditas las que me refieres, y con dificultad podrá creerlas quien no las vea. Con ellas se hacen ya creíbles las que juzgamos portentosas ó fabulosas, entre las que los antiguos escribieron.

ZAMORA.

¿Pues qué te diré de la *tuna* que los indios llaman *nochtli*? (73) Después de echar sin orden, y más bien en ancho que en alto, unas

hojas grandísimas erizadas de espinas, produce primero tunas de sabor exquisito, mayores que muy grandes ciruelas, y luego en las flores de las mismas cría unos como gusanitos, que matados en el rescoldo son una grana finísima, la mejor que se conoce. A España se lleva una gran cantidad de ella, y á pesar de eso se vende muy cara. Donde quiera que cae una hoja de este árbol, forma en breve otro árbol semejante; y lo admirable es que á su tiempo aparece pegada en las hojas una goma que llamanos *alquitira*, de que se aprovechan mucho los confiteros.

ALFARO.

Cosas increíbles me refieres. ¿Qué vestidos son esos tan blancos, y con labores de diversos colores?

ZAMORA.

*Enaguas y huipiles* (74), ropas de las indias, y mantas que los hombres usan por capas. La mayor parte son de algodón, porque las más ordinarias se hacen de *nequén*, ó hilo de maguey.

ALFARO.

Todas son cosas tan peregrinas como sus nombres y así es natural que suceda, pues son producciones de un nuevo mundo. Pero deseo saber si hay en México otros mercados, además de éste.

ZAMORA.

Hay otros dos: uno en San Hipólito y otro en Santiago (75), el cual dista una milla, á más, de éste, llamado de San Juan. Es cuadrado, y tan grande, que no faltaría allí terreno para edificar una ciudad. Ciérrale por el lado del norte un convento de franciscanos en que hay un colegio donde los indios aprenden á hablar y escribir en latín. Tienen un maestro de su propia nación llamado Antonio Valeriano, en nada inferior á nuestros gramáticos muy instruidos en la fe cristiana, y aficionadísimo á la elocuencia. Enfrente está el magnífico palacio de su gobernador, que ellos llaman *cacique*, y contigua queda la cárcel para los reos indios. Los otros dos lados son de portales de poca apariencia: en el centro, á manera de torre, se levanta un patíbulo de piedra. Es tal la muchedumbre de indios tratantes que concurren á este mercado, que llegan á veinte mil y aun más.

ALFARO.

¿Qué moneda usaban los indios antes de la llegada de los españoles? Porque, según Aristóteles, la moneda representa el precio de todo lo vendible.

ZUAZO.

Cambiaban unas mercancías por otras, y además se valían de un especie de bellotas,

que ellos llamaban cacahuatl: éstas eran tenidas entonces en mucha estimación, porque no sólo servían de moneda, sino también de comida y bebida. Aun hoy se estiman lo mismo; sirven de moneda menuda y cámbianse por las de plata. Consúmese anualmente en comida y bebida una cantidad enorme, y no duran mucho sin echarse á perder. (76.)

ALFARO.

¡Cuán admirable es en su variedad la naturaleza!

ZAMORA.

Mira con toda atención y cuidado el convento de San Agustín, único que nos faltaba que ver, y ha de ser con el tiempo uno de los más bellos ornamentos de la ciudad: observa qué hermosa fábrica, qué alta y adornada. (77)

ALFARO.

Profundos y muy sólidos debieron ser los cimientos, para que pudiesen sostener sin peligro tan inmensa y elevada mole.

ZAMORA.

Agotada primero el agua por medio de bombas, se asentaron luego grandes piedras con mezcla, para levantar desde allí á esa altura las gruesas paredes que estás viendo. Todos los techos (cosa que no hallarás en otra parte) son de armaduras, por las

cuales escurre fácilmente á la calle el agua llovediza.

ALFARO.

Tales techumbres curvas y abovedadas ennoblecen mucho los edificios, con tal de que las maderas estén labradas con arte.

ZUAZO.

Ricamente adornado de casetones está, en el templo y claustro, el interior de los techos que á manera de bóvedas descansan sobre arcos de piedra, cruzados y entrelazados con maravilloso artificio.

ALFARO.

Las bóvedas artesonadas y matizadas de diversos colores, son mucho más elegantes que todas las otras.

ZAMORA.

¡Qué te diré de las dos crujiás interiores que ocupan los religiosos, y ellos llaman dormitorios? ¡Cuán eminentes y espaciosas! ¡Cuántas y cuán grandes celdas las adornan! ¡Qué hermosas vistas se logran desde sus ventanas! ¡Qué tránsitos tan largos y desahogados, para comunicar la luz que entra por los calados de piedra! Y el piso bajo, que es asimismo abovedado, en nada cede al de arriba. Dentro del templo se construyen á ambos lados capillas, mejores que las de Toledo, para que sirvan de entierro á la nobleza. Ese gran espacio que

ves delante de la iglesia, ha de ser una plaza, á la que se subirá por varias gradas; y de allí á la entrada de la iglesia quedará un suelo perfectamente plano, cercado con postes de piedra á distancias proporcionadas, y encima sus leones de lo mismo, á guisa de guardianes, unidos por una gruesa cadena de hierro.

ALFARO.

Lo comenzado promete cosas mucho mayores y más bellas; y si no me equivoco, cuando esté acabada será una obra verdaderamente magnífica, de tanto mérito y fama, que con toda justicia podrá contarse por la octava maravilla del mundo, añadiéndola á las siete tan celebradas por historiadores y poetas.

ZAMORA.

«Obra que la fama ensalzará sobre todas.» (78).

ZUAZO.

Si más hubiera vivido Cortés, no dudo que el hospital dedicado á la Virgen, que dejó tan soberbiamente comenzado, habría sido igual á sus otras obras. (79).

ALFARO.

Los principios de este edificio anuncian ya su grandeza.

ZAMORA.

Muy pronto se adelantará la obra con el

dinero que hay ya reunido de los tributos destinados al aumento de este hospital.

ALFARO.

Hermosa es la fachada y excelente la disposición del edificio. Pero ruégote me informes de lo que realmente constituye el mérito de tales fundaciones, ¿qué enfermos se reciben y qué asistencia se les proporciona?

ZUAZO.

Admítese á todos los españoles que tengan calenturas y son curados con tal caridad y esmero, que no están asistidos mejor, ni con más cariño, los ricos en su propia casa, que los pobres en ésta.

ALFARO.

¡Oh una y mil veces dichoso Cortés! que habiendo ganado esta tierra para el Emperador á fuerza de armas, acertó á dejar en ella tales testimonios de su piedad que harán imperecedero su nombre. Mas ¿por qué apresuráis tanto el paso de los caballos?

ZAMORA.

A fin de llegar á tiempo para la comida, porque ya son más de las doce.

ALFARO.

Has despertado con esto el apetito dormido y medio apagado. Dime por último

¿de quién son esas casas que hemos visto á la ligera y como de paso, cuyos grandes portones con argollas doradas atestiguan la riqueza del dueño ó del que las mandó edificar?

ZAMORA.

El dueño y quién las labró es Alonso de Villaseca, y sin perjuicio de nadie, (cosa que el adagio niega ser posible) ha juntado tal caudal, que en tierra rica es tenido por un Craso ó por un Midas.(80)

ALFARO.

Indudablemente que nada podrá faltarle de lo que constituye la verdadera y efectiva felicidad, si poseyendo tantos bienes sabe vivir pobre de espíritu.

ZUAZO.

El hombre es tal como lo pintas; y con esto dió fin nuestro paseo. Ruégote, pues, que te apees, porque ésta es mi casa y la de mis amigos. Haznos el favor de comer con nosotros, para que de aquí vayamos con más comodidad á Chapultepec. y descubramos de allí sin estorbo ni dificultad todos los contornos de México.

ALFARO.

No me gusta hacerme de rogar y mucho menos de un amigo fiel y verdadero.

ZAMORA.

Ponte, pues, á la mesa, y cuento con que tu compañía hará que la comida sea tan cortés como alegre; tal en suma cual Varrón la quiere (81)

